



PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

A EL PANORAMA solo. Trimestre, 12 rs.: semestre, 22 rs.: Año, 40 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Trimestre, 14 rs.: Semestre, 26 rs.: Año 50 rs.
A EL PANORAMA y Las Provincias. Mes, 10 rs.: Trimestre, 28 rs.: Semestre, 54 rs.: Año 102 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Mes, 13 rs.: Trimestre, 37 rs.: Semestre, 72 rs.: Año, 138 rs.

Números sueltos. Para los suscritores á Las Provincias, 1 rl. en Valencia y 1 y cuartillo fuera.—Para los que no lo sean, 2 rs. en Valencia y 2 y medio fuera.

AÑO I.

Valencia 30 Mayo 1867.

NÚM. 10.

Pedro Cornelio.

Si el arte fuese tan estimado en España como lo merece, nadie preguntaría quién es el personaje que hoy ocupa el lugar destinado en nuestro periódico á las celebridades contemporáneas. Pedro Cornelio (*Peter von Cornelius*), el mejor de los pintores alemanes de nuestra época, ha muerto recientemente en Roma; y nosotros, que queremos dar un lugar en EL PANORAMA á todas las superioridades, no se lo hemos de negar á este gran artista, porque su nombre haya sonado pocas veces en nuestra patria.

Pedro Cornelio nació en 1787 en Dusseldorf, donde su padre era inspector del Museo municipal de pinturas, y tenía verdadera pasión por las artes. Inspirósele á su hijo, y dióle esmerada educación. A los 16 años quedó sin padre, y obligado á mantener á su madre. Sus parientes le instaban á que entrase á trabajar en casa de un platero; pero su génio artístico se revelaba contra todo trabajo industrial, y se dedicó á copiar, muchas veces de memoria, cuadros de Rafael, que vendía para alcanzar un pedazo de pan.

En 1810 lo encontramos en Francfort; y habiendo concebido viva pasión por el Fausto, de Goethe, compuso una série de dibujos, para ilustrar el poema, que le dieron á conocer ventajosamente. Pero amante de la gran escuela italiana, su afán era ir á Roma, en donde finalmente se estableció,



PEDRO CORNELIO.

ligándose estrechamente con el célebre Federico Overbeck. Juntos trabajaban estos dos pintores alemanes en la ciudad eterna; juntos vivían, y juntos soñaban en la regeneración del arte germánico. Pronto formaron escuela, agrupáronse á su alrededor Schadow, Felipe Weit, Schnorr y otros entusiastas innovadores, á quienes las benévolas críticas de Goethe aseguraban las simpatías de su patria.

El propósito de este grupo de artistas era renovar las glorias de la mejor época de la escuela italiana, y resolvió reproducir el casi olvidado sistema de la pintura al fresco. Hizose el primer ensayo en la villa del caballero Bartholdy, Consultor general de Prusia, en Roma, y dos pasajes de la vida de Josef, que pintó en ella Cornelio, escitaron de tal modo la admiración, que el marqués Massimi encargó al pintor alemán que decorase su palacio con una série de frescos de la «Divina Comedia.» Solo hizo los dibujos (que luego se publicaron), porque el príncipe heredero de Babiera le llamó á Munich para decorar la recientemente erigida glptoteca, y al mismo tiempo recibió el nombramiento de director de la Academia de Dusseldorf. En Roma habia hecho los dibujos para el «Poema de los Niebelungos,» que grabaron despues Amsler y Lips.

Dejó el pintor á Roma en 1849, y despues de haber reorganizado la Academia de Dusseldorf marchó á Munich para acometer su gran empresa en la glptoteca. Pocas veces se ha presentado mas feliz oportunidad y mas difícil obra á un artista en nuestros tiempos. Dos espaciosos salones se

le entregaron para su decoracion: en el uno «el salon de los Héroes» representó en colosal escala los principales sucesos de la Iliada; en el otro «el salon de los Dioses» esplanó con su alegórico pincel todo el sistema de la mitología griega. En otras salas de la gran galería de la escultura pintó otros asuntos adecuados al destino de cada departamento.

Esta gran obra fue terminada en 1830; pero antes de su conclusion Cornelio acometió otra empresa magna, la decoracion con cuatro grandes frescos de la nueva iglesia construida por el rey Luis. Entre estos frescos es el mas notable «El Juicio final», colosal composicion, de 62 pies de alto por 38 de ancho, pintada en competencia con la célebre de Miguel Angel en la Capilla Sixtina. Estas obras le valieron el nombramiento de director de la Academia de Munich.

En 1841 Cornelio fue invitado por el rey Federico Guillermo IV á pasar á Berlin, en donde ejecutó los dibujos para el Campo Santo, que son una de sus mejores, menos exageradas y mas inteligibles obras. Su reputacion creció tanto que llegó á figurar al frente de los pintores murales de Europa, puesto que ha ocupado hasta su muerte, acaecida en Marzo, en Roma, adonde habia vuelto á pasar los últimos dias de su vida, que se ha prolongado hasta la avanzada edad de 80 años.

C.

LOS POETAS ITALIANOS.

Estudios histórico-literarios.

VII.

Antecedentes de la DIVINA COMEDIA: las leyendas, las visiones del otro mundo.

Ya hemos visto que el Dante, considerado como poeta, es una trinidad en que se unen tres personalidades, el amante, el teólogo y el gibelino; pero nos falta ver quién prestó la forma á la poesía cuyo espíritu hemos visto animar la vida del proscrito de Florencia. Aun no habia desenterrado la erudicion los modelos ni las reglas clásicas, y los pueblos modernos carecian de una literatura digna y regularizada, que guiase á Dante en la difícil obra que se propuso. Pero su genio le hizo ver la rica poesía que se ocultaba bajo el grosero traje de las leyendas populares, y comprendió que aquellas nuevas formas se adaptarían perfectamente á su pensamiento nuevo. La mitología cristiana, como la comprendian los pueblos ignorantes y crédulos del Norte, inspiró la leyenda, que es la expresion de las nuevas ideas por medio de un tosco simbolismo: así es, que todo en ella toma formas sensibles; las luchas del espíritu, la tentacion y la gracia, son atribuidas á los ángeles y á los diablos; la providencia, idea benéfica que domina siempre en las leyendas religiosas, es puesta á la vista de los fieles, atormentando materialmente al pecador y salvando con prodigiosos milagros al justo perseguido; y el reino de Dios y el fuego eterno se presentan á la grosera imaginacion de los devotos con una riqueza de delicias y tormentos que los conmueve de admiracion y espanto. La existencia de un mundo superior á este mundo visible; el cielo y el infierno mezclados siempre en las cosas de la tierra, presentaban ancho y maravilloso campo á quien se atreviera á entrar en él resueltamente: Dante no vaciló, y se lanzó á aquel mundo sobrenatural con la fe y energía que formaban la base de su carácter.

La leyenda cristiana, que encerraba el germen de la obra dantesca, era completamente desdeñada y casi desconocida de la crítica sabia de los siglos XVII y XVIII, de modo que cuando la Divina Comedia, que tampoco habian tenido en mucho aquellos siglos de dogmatismo clásico, fué restaurada por los primeros escritores románticos, no se tenían presentes los antecedentes de la gran obra, y en el primer momento se creyó que toda aquella fantástica poesía habia salido de pronto de la soñadora mente del Dante *prolem sine matre creatam*. Pero en lo mas vivo del apasionamiento de todos los espíritus en la admiracion de nuestro

poeta, se proclamó en Italia, como gran descubrimiento, que su obra carecia de verdadera originalidad (1).

Habíase descubierto un manuscrito del siglo XII, en el que se daba cuenta de la vision del fraile Alberico, religioso del célebre monasterio de Monte-Casino. Era este Alberico hijo del señor del Castillo de los Siete Hermanos, en Campania. Enfermó á los diez años y estuvo nueve dias sin sentido. Entonces fué cuando tuvo su maravillosa vision. Una paloma blanca le asió de los cabellos, y sirviéndole de alas San Pedro y dos ángeles, fué arrebatado al otro mundo, donde atravesó los avismos del infierno, recorriendo los sitios destinados al tormento de las diferentes clases de pecadores. En el fondo del infierno encontró un reptil gigantesco, y al rededor de su boca revoloteaban las almas condenadas, como enjambre de moscas. Cuando el móstruo respiraba las almas se precipitaban en su garganta, y despues las arrojaba como chispas que salen de un horno. Alberico, despues de atravesar un mar de fuego, llegó á una llanura inmensa, cubierta de espinosos cardos, en la cual un demonio montado sobre un dragon, perseguia con una horca, rodeada de vivoras, á los pecadores medio arrepentidos, condenados al purgatorio. Despues de asistir al juicio de un pecador por el Todopoderoso, y de haber visto toda una página de crímenes borrada en el Libro de la Justicia, por una sola lágrima de arrepentimiento que habia recogido el Angel de la Misericordia, el niño enfermo llegó á las puertas del cielo, que halló lleno de perfumes, lirios y rosas. Cuando volvió á la tierra, San Pedro le hizo ver, recorriendo muchos reinos, los lugares santos en los cuales hay que creer. Arrollando luego un gran mapa, en el que estaba trazada la imagen de aquellos países, el apóstol formó con él una píldora é hizo al niño tragar á Alberico. Este despertó de su letargo, sano y salvo, pero tan conmovido y preocupado, que en muchos dias no pudo conocer ni á su madre. Su curacion fue mirada como milagrosa; el niño santificado fue admitido desde luego en el monasterio, donde vivió en continua penitencia, sin probar en toda su vida carne ni vino, ni calzar sus desnudos pies, todo lo cual le acreditó de santo, confirmando la idea de que habia visto el cielo y el infierno. Esta vision, escrita por el mismo monge Alberico, con ayuda del famoso Pedro Diácono, logró gran voga en aquellos siglos devotos y crédulos, y debió llegar sin duda á conocimiento del Dante.

Si no hubiera mas leyenda del otro mundo que la de Alberico, pudiera en verdad proclamarse la vision de este monge como primer modelo del pensamiento dantesco; pero lo cierto es que si la Divina Comedia coincide en algunos detalles con dicha vision, no se asemeja á ella mas que á otras de las muchas que en aquellos siglos iban de boca en boca, y de todas las cuales tomó el poeta florentino el pensamiento de su poema, que como todas las grandes epopeyas no es una inspiracion aislada, sino la concentracion de la idea poética de un período histórico. La crítica moderna, amiga de profundizar todos los orígenes, ha buscado en las oscuras páginas de la Edad Media el nacimiento y el desarrollo de la leyenda visionaria, y con el título paradójico de *La Divina Comedia antes del Dante*, ha publicado M. Charles Labitte un curioso trabajo sobre las leyendas que han precedido á la obra del desterrado florentino, trabajo publicado en 1843 al frente de una traduccion francesa de su libro inmortal.

No consiente la índole de estos artículos hacer en este punto una erudita monografia legendaria; mas para buscar la generacion del pensamiento dantesco, nos será permitido recordar á grandes rasgos la historia de los viajes al otro mundo.

En la literatura griega y romana hallamos ya estas escursiones; pero meramente como un recurso poético, como parte de lo que han llamado *la máquina* los preceptistas. Homero habla en términos muy vagos de los infiernos; despues vemos que los poetas hacen que desciendan á ellos Tesseo, Orfeo, Polux, casi todos sus héroes semidivinos; pero no nos dan descripciones detalladas del Averno. Platon es quien recoge y fija las tradiciones de sus tiempos sobre la *mansion de los*

muertos, citando el Tártaro, el lago Acherusiades y los Campos Eliseos, que corresponden al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso de los cristianos. El divino filósofo refiere además la visita á esas misteriosas regiones de Er el Armenio, soldado muerto en una batalla, que revivió al calor de las llamas de la pira, y refirió su viaje al otro mundo, los suplicios de los condenados y las delicias de los escogidos (1).

Virgilio se apoderó de estas populares ideas, y revistió con su delicado sentimiento la descripcion de los infiernos, en los que Eneas encuentra á la desgraciada Dido. Pero donde hallamos, aun entre los clásicos, la vision del otro mundo mejor determinada y descrita con la minuciosidad que caracteriza á las leyendas de la Edad Media, es en Plutarco, que en el primer siglo de la era cristiana respiraba ya, sin duda, la atmósfera de las nuevas ideas.

Plutarco refiere la historia de Tespesio, joven libertino, que muere de una caída, y durante las ceremonias fúnebres vuelve á la vida, como el soldado armenio. Refiere entonces que ha sido transportado, á través de los astros, hasta la region donde las almas virtuosas se ciernen en tranquilo vuelo, como brillantes estrellas, y que ha penetrado tambien en los abismos donde los hombres perversos son precipitados para que los demonios los atormenten. Allí hay estanques de oro en ebullicion, y de plomo líquido y frio; los diablos cogen con tenazas las almas de los avaros, y las sumergen alternativamente en ellos, rompiéndolas luego á trozos y volviéndolas á fundir, y continuando así por toda la eternidad. Otros condenados se enlazan como sierpes y se destrozan á dentelladas; otros son desollados y espuestos sin pellejo á las inclemencias del tiempo. Hé ahí la primera expresion de los horrores con los que la imaginacion fervorosa y sombría de los siglos medios debia atemorizar los ánimos y deformar el arte sereno y risueño de la antigüedad.

No se crea, sin embargo, que lo horrible dominó desde el principio en las leyendas cristianas. Por el contrario, en los primeros siglos apenas se habla del infierno, y casi todas las visiones se refieren á las glorias del paraíso, esas glorias que los mártires veian cercanas en medio de los suplicios, y que querian mostrar á los obcecados ojos de sus perseguidores. La historia de San Satorio (2), conducido por cuatro ángeles á los luminosos jardines del cielo, donde el Todopoderoso, á quien rodea toda la corte celestial, se inclina sobre el santo varon y le besa la frente, da una idea de la sencillez y dulzura de la leyenda cristiana en aquellos tiempos de fe tranquila y de virtud heroica. Luego comienza á aparecer en las visiones la idea de la purificacion en el Purgatorio. Santa Cristina en el siglo III (3) resucitó cuando se estaban celebrando sus exequias, y marchó á su casa, donde contó á sus hermanas que habia visto el cielo, el infierno y el purgatorio, y que habiéndole dado á escoger Dios entre quedar en el paraíso ó volver al mundo, para rescatar por medio de la penitencia las almas sujetas á purificacion, estaba allí de vuelta para entregarse á tan santa tarea. Este milagro de la caridad recuerda aun los sentimientos de los primeros siglos del cristianismo.

En el siglo IV comienza á revestir la leyenda su carácter sombrío y amenazador. El infierno se revela con todos sus espantos. Las razas bárbaras, duras y violentas, y al mismo tiempo creyentes y entusiastas, buscan con afán los secretos de lo maravilloso; y todos los prodigios que mas tarde leeremos en los libros de caballerias, se encuentran entonces en las historias de los santos, en las que ocupa el primer lugar la relacion estravagante de sus visitas al otro mundo. El viaje de San Macario, que estuvo cien años rezando á las puertas del paraíso, el de San Brandan, en busca de la isla afortunada del Paraíso Terrenal, la cueva de San Patricio, por la cual se bajaba á los infiernos, y otras fantásticas creaciones de la imaginacion exaltada de los agiógrafos, adquirieron general voga entre el pueblo, difundióronse por muchos países, y fueron revestidas cada vez de

(1) Ozanam ha hecho un trabajo muy completo sobre los viajes al infierno, en la antigüedad clásica, con este título: *De frequenti apud veteres poetas heroum ad inferos descensu*. 1839.

(2) Refiere este caso San Agustín, *De origini anim. lib. I*. Satorio murió el año 202.

(3) Bolland, *Acta Sanctorum*, 21 Agosto.

(1) *Observazioni intorno alla questione sopra la originalità del poema di Dante*, di F. Cancellieri, publicadas en Roma, año 1814.

mas maravillosos accidentes. La vision sirvió también de arma política: primero la esgrimieron los obispos en su lucha con los príncipes semi-bárbaros; después les llegó su vez á los enriquecidos prelados, y los monjes pintaron en nuevas leyendas el castigo de su codicia. Esta era la única apelacion que existía en aquellos tiempos de violencia y de fe.

La general creencia en la proximidad del fin del mundo, que cubrió de luto y de horror á la Europa en el siglo X, hizo llegar á su colmo la popularidad de los relatos del mundo sobrenatural. Parecían á todos tan inmediatas esas regiones de la vida eterna, que aumentaba de día en día el afán por conocerlas. Las leyendas daban tan continuadas y minuciosas noticias del otro mundo, que este se hallaba presente con todos sus detalles á la imaginacion impresionable de aquellas generaciones creyentes. El arte se apoderó de la idea dominante. Los horrores del infierno y las glorias del cielo, espesadas con ruda crudeza, cubrían los muros de los templos. El juicio final y las características y simbólicas danzas de la muerte, intimidaban á los fieles, bajo las sombrías bóvedas de las catedrales. Las pompas del culto tomaban un aspecto siniestro; parecía que el fatídico *Dies iræ* era la única voz que llenaba el mundo.

No pierde su prestigio la leyenda visionaria en los siglos XI y XII; pero adquiere un carácter mas novelesco: la ruda sencillez de los primitivos relatos es alterada cada vez mas por la fantasía extravagante de los cronistas, que acumulan accidentes portentosos para dar novedad á sus visitas á las regiones desconocidas. Entonces comienza á brotar el espíritu escéptico y sarcástico, precursor de la Reforma, y los juglares se apoderan del cielo y del infierno, para divertir á los magnates y á las damas en los castillos, y en las plazas á los villanos, con sus satíricas bufonadas. Tenemos bastantes *Viajes al paraíso*, *sueños del infierno*, *cortes del cielo*, y otros escritos satíricos con títulos análogos, debidos á los maliciosos *trouveres* del siglo XIII, predecesores de Quevedo y de Voltaire.

Pero en aquel siglo estaba demasiado arraigada todavía la autoridad religiosa, para que pudiesen hacer libre camino la sátira y la duda. Aquel movimiento anti-ecclesiástico produjo por el contrario una viva reaccion. El fervor católico se revistió de nuevas armas para combatir á los valdenses, albigenses, catarinos y patarinos, que se revelaban contra los dogmas, al mismo tiempo que los trovadores esgrimían su sangrienta ironía contra las relajadas costumbres del clero. A principios de dicho siglo funda en Italia San Francisco las órdenes mendicantes, y Santo Domingo llega de España con sus predicadores y la inquisición, para persuadir ó exterminar á los herejes. Los frailes sucedieron á los monjes. Las órdenes religiosas, que hasta entonces habían estado encerradas en los monasterios, cultivando la tierra ó la ciencia en la soledad de los montes, vinieron á las ciudades, se mezclaron con el pueblo, fueron el ejército incansable y sumiso del Pontífice, influyeron en la política, dominaron en el hogar doméstico, ejercieron absoluto imperio sobre los sentimientos y la imaginacion de los fieles, á quienes recordaban todos los días en amenazadores discursos los tormentos del purgatorio y el fuego eterno del infierno. En medio de la gran efervescencia que produjo en Italia la aparicion de los franciscanos y dominicos, y su ardiente lucha con los novadores, en aquellos días de escitacion y de fanatismo, al resplandor de los primeros autos de fe, Dante, perseguido, humillado, condenado el mismo á morir en la hoguera, llena el alma de rencores profundos que no podía saciar una venganza imposible, y la mente de los misterios del dogmatismo cristiano sistemáticamente desenvuelto por Santo Tomás, sintió el poder de aquellas visiones del otro mundo, á las que una elaboracion continua de diez siglos habia ido dando cada vez proporciones mas amplias, y lanzó su espíritu en las regiones fantásticas de lo sobrenatural. Toda la Europa estaba agitada por aquella recrudescencia del sentimiento religioso: era el último año del siglo XIII, y el Papa Bonifacio, queriendo completar la obra de propaganda de los dominicos y franciscanos, anunció la Indulgencia Plenaria á todos los fieles que fuesen á Roma en peregrinacion. La cristiandad se puso en movimiento: las ciudades y las aldeas quedaban casi desiertas, y todos los caminos que aflúan á la

ciudad eterna veíanse poblados noche y día de grandes turbas de gentes de todas clases, condiciones y edades. Calculóse que cada día entraban en Roma doscientos mil peregrinos, y esta afluencia duró varias semanas. En la Semana Santa de aquel año, cuando todo el orbe católico cubría la frente con la ceniza de la penitencia, para obtener la remision de los pecados, el poeta florentino—¡audacia que solo el genio justifica!—fuerza las puertas del otro mundo, sorprende los pavorosos secretos de la vida futura, y vuelve á la tierra para aleccionar á los hombres con los severos ejemplos de la justicia de Dios. Todas las visiones de los siglos anteriores se pierden, se confunden y desaparecen en la gran vision del Dante: ese es su triunfo; la originalidad de la idea primordial de su poema no se la podemos atribuir, pero tampoco á ninguno de sus predecesores; en las grandes obras sociales el pensamiento no es del hombre, sino de la humanidad (1).

Teodoro Llorente.

EL DELATOR.

(Traduccion de Giovanni Prati.)

Con vista torva y oído atento,
tras mí, cual sombra, venir te siento;
si á hablar á alguno me paro acaso,
sobre mí huella metes tu paso.
¡Aparta, infame! yo tengo horror
de un delator.

Luz no debían los cielos darte,
ni por tu nombre nadie llamarte;
sino por ese que te procura
pan y vergüenza... ¡miseria oscura!
¡Huye á esconderte; me das horror,
vil delator!

Mas, cuando comes el pan ganado
con la bajeza de tu pecado,
díc: ¿tu conciencia no se levanta,
paso á serrarle por tu garganta?
¡Desventurado, me das horror,
vil delator!

El ladrón lástima tal vez merece,
la prostituta me compadece,
y hasta me duelo del homicida
que por la agena pierde su vida;
mas tú, ¡tú solo me das horror;
vil delator!

Bajo el sombrero tus ojos tapa,
tu faz emboza bien en la capa;
y si te mueve lo que te digo,
busca una iglesia que te dé abrigo,
y allí dí á Cristo: «¡Piedad, Señor!
¡Soy delator!»

Dios solo puede perdon ó abono
dar á tus culpas ante su trono:
horror por ellas de los humanos
ya no hay entre ellos para tí hermanos.
Vé, desdichado, ¡vil delator!
¡Me das horror!

J. Zorrilla.

(Album de un loco.)

(1) Denina atribuyó el plan de la obra del Dante á una mascarada que tuvo lugar en 1304 en Florencia, sobre un puente del Arno, en el cual se hizo ver al pueblo el infierno, con sus diablos y condenados, fiesta que terminó trágicamente, pues el puente, que era de madera, se hundió, y muchas personas murieron ahogadas, «lo cual, dice el cronista Villani, justificó el llamamiento que se habia hecho á los que quisieran tener noticias del otro mundo.» Pero está ya probado, que Dante salió de Florencia dos años antes, y que antes de su marcha habia ya compuesto los siete primeros cantos de su Comedia.

LA ESPOSICION DE PARIS.

El concurso universal del arte y de la industria está en el colmo de su esplendor. Disipados los temores de guerra, que hizo nacer la cuestion de Luxemburgo, París ve afluir á la gran fiesta de la paz á los reyes, á los magnates y á todos los que por curiosidad ó estudio se pueden permitir el lujo de un viaje á la Exposicion. Nosotros, para consuelo de las muchas personas que se ven privadas de este gusto, haremos todo lo que está en nuestra mano: reproducir los objetos mas notables que encierra el Campo de Marte. No se extrañe, pues, que dediquemos los grabados de este número, como la mayor parte de los del anterior, á la Exposicion de París.

En la página 76 encontrarán nuestros lectores una hermosa vista de la mezquita turca, que se levanta en el llamado *Cuartel inglés*, del Parque. Uno de los objetos de la Exposicion ha sido acumular en breve espacio todos los géneros de edificación que se emplean en los distintos países, y esta *mesa-revuelta* de monumentos de toda clase y de todos los pueblos no es uno de los menores atractivos de aquel gigantesco concurso. Muchos de estos edificios han sido construidos por operarios de los mismos países á que se refieren, y todos ellos con sujecion al arte que domina en cada nacion, y tomando por modelo casi siempre monumentos existentes. La mezquita turca, de cuyo aspecto risueño y elegante dá completa idea nuestro grabado, es una reduccion de los templos turcos de la mejor época del estilo árabe, cuyos primores de ejecución se admiran especialmente en la preciosa puerta de entrada, en las ventanas de la planta baja, y sobre todo en los dos lindísimos pabellones situados á ambos lados de la fachada.

La lámina de la página 77 representa la puerta de ingreso á la seccion sueca, una de las mas interesantes para el curioso que observa con interés en ella la vida íntima de aquel pueblo septentrional, envuelto casi todo el año por las nieves de un crudísimo invierno. El reino de Suecia es uno de los que con mas celo han organizado su exposicion especial en el gran concurso parisien, y llaman sobre todo la atencion los modelos que ha presentado de las diversas razas que pueblan la península escandinava, con sus distintos y pintorescos trajes. En nuestro grabado pueden verse algunos de estos maniqués, que decoran la seccion sueca, en cuya puerta se ven, como símbolo distintivo del país, las astas del reno, el útil animal de tiro en aquellos campos cubiertos de nieve.

También damos en otro grabado (página 80) una vista de la gran galería concéntrica exterior, en el punto en que comienza la seccion otomana, cuya puerta, decorada con arcos de verdura y flores, se vé á la izquierda, descubriéndose al frente el ingreso en la seccion de la Romania ó Principados danubianos, nueva nacion que pide también su puesto en el concurso del trabajo y la produccion. Esta vista está tomada en el momento en que el emperador Napoleon III, dando el brazo á la hermosa Eugenia, visita aquella parte de la Exposicion.

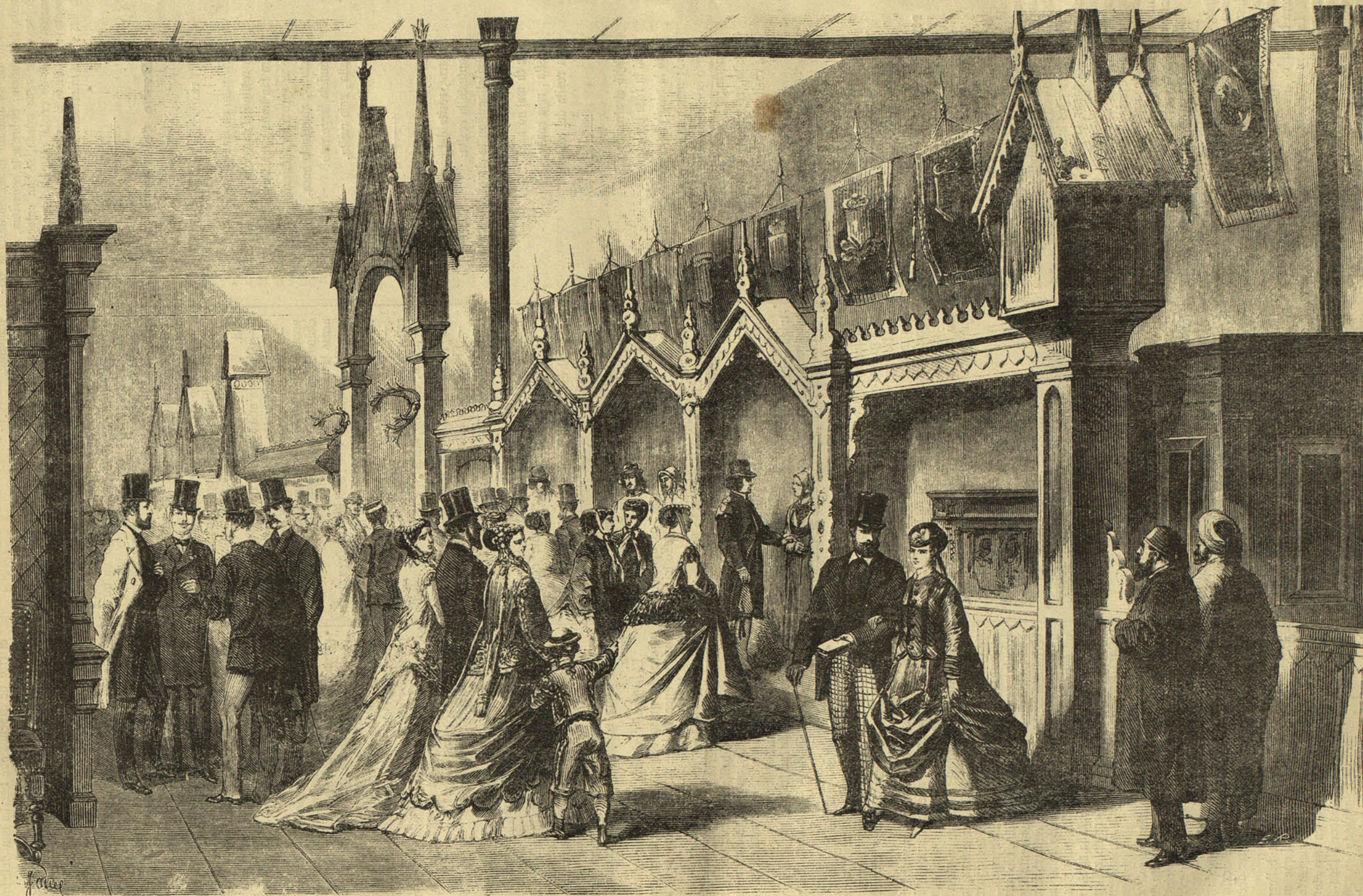
El último grabado de este número nos hace ver el interior del *aquarium* de agua dulce, cuyo pintoresco aspecto exterior reproducimos en el número último de EL PANORAMA. Este *aquarium*, perfectamente preparado al efecto, contiene preciosos ejemplares de los mas notables pescados de río; allí se ven carpas, ciprinos, sollos, anguilas y cuantos peces regatan el paladar en las succulentas comidas de la cocina francesa. Hay además especies muy raras, como el siluro y el proteo, pescado este que habita en las grutas de Carintia, y que nace sin ojos, porque no tiene de ellos necesidad en su oscura mansion. Al lado de los cangrejos, conocidos de todos, están las langostas de río, las verdaderas langostas que nunca han surcado el agua salada. Esta variedad abunda en los ríos de Lombardia.

Tampoco se han olvidado las tortugas de agua dulce ni los axolotes mejicanos, especies de reptiles de piel desnuda, que se cree son larvas grandes de salamandra anfibia; habitan en los lagos de Méjico, y son verdaderamente anfibios, pues en la tierra respiran con los pulmones, y en el agua usan las branquias para esta funcion.

Por medio de este *aquarium* corre un arroyo de agua dulce también; en él habrá truchas y



Exposicion de Paris Mesquita turca



Exposicion de Paris. Seccion Sueca.

salmones, peces de colores y otros, que subirán por medio de un aparato ingenioso hasta la bóveda del edificio. Sobre este *aquarium*, así como sobre el de agua salada, se han colocado uno ó varios globos de cristal plateado, que dan un aspecto muy lindo á estas dos construcciones tan bellas como interesantes.

Rosita del campo.

TRADUCCION DE GOETHE.

Un niño vió una rosita,
Una rosita del campo,
Y era tan linda y tan fresca
Que se aproximó admirado
Y estuvo, abierta la boca,
Mirándola largo rato.
¡Rosita, roja rosita,
Roja rosita del campo!

Le dijo el niño: «cojerte
Quiero, rosita del campo,»
Y contestó la rosita:
«¿Y si el aguijón te clavo?
Pensando en mí estarás siempre,
Y de tu mal no haré caso.»
¡Rosita, roja rosita,
Roja rosita del campo!

Cojió el atrevido niño,
Cojió la rosa del campo:
Gritó la rosa y la espina
Clavó; mas todo fué vano,
Y tuvo qué resignarse
A morir ¡ay! en sus labios:
¡Rosita, roja rosita,
Roja rosita del campo!

Teodoro Llorente.

EL BAÑERO.

LEYENDA.

POR DOÑA ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

(Conclusion.)

Uno de los días en que la playa estaba mas cubierta de bañistas las olas se hincharon de repente formando remolinos de espuma y levantando mas y mas su ceñida frente que parecia desafiar al cielo con soberbia.

Los bañeros y los bañistas hacían los mayores esfuerzos para ganar la playa, luchando desesperadamente con las olas; pero cuando despues de gastar sus fuerzas se creían ya próximos á pisar la tierra de salvacion, las olas encrespadas los arrebatában de nuevo envolviéndolos entre su hirviente torbellino y arrojándolos mar adentro cada vez mas fatigados de la lucha.

¡Horrible era en verdad aquella escena!

En vez de esforzarse para ganar la playa Andrés, sin manifestar el mas mínimo recelo, avanzaba mar adentro, y á medida que la playa iba desapareciendo por completo á sus ojos, su pecho se dilataba mas y mas y su rostro iluminado por una sonrisa satánica se descomponía de una manera horrible.

La jóven dama amedrentada por el terror de una próxima y desesperada muerte, levantó sus hermosos ojos hácia el pescador como implorando auxilio, pero la mirada de Andrés era terrible, amenazadora, sombría, y la pobre jóven empezó á

temblar agitada por un triste y doloroso presentimiento.

Luego sintió que sus fuerzas la abandonaban é inclinó su cabeza sobre el hombro del bañero que tenía fijos en ella los ojos con la espresion con que la serpiente mira al pájaro que fascina.

Al cabo de algunos minutos la infeliz abrió de nuevo los ojos y recorrió con la vista la inmensidad del mar, que seguía rebramando en torno suyo con desesperada furia.

El cielo estaba cubierto de negras y espesas nubes, cruzado por fugaces relámpagos, á cuya siniestra luz se distinguían los cadáveres de sus desgraciados compañeros flotando sobre las olas.

En medio de aquella terrible escena el pescador tenía fijos en ella los ojos con una espresion que revelaba la mas implacable y refinada crueldad.

—¡Oh, Dios mio! exclamó cubriéndose el rostro con las manos; ¡tan jóven, tan jóven y morir!

—¡Esas eran también jóvenes y hermosas! respondió Andrés señalando los cadáveres y estrechándola convulsivamente entre sus brazos; ¿amais acaso la vida?

—¡Oh, la vida, la vida! exclamó la jóven dama con la mayor exaltacion: ¿qué no diera yo por mi vida?

—¿Queréis vivir? la preguntó de nuevo el pescador devorándola con sus ojos de fuego.

—¡Sí, sí, sálvame, Andrés, y mi reconocimiento será eterno!

—¿Y sabeis el precio de vuestra salvacion?

—¡El que tú quieras...! Sálvame, sálvame!

—¡Pues bien! ¡Es preciso que me ames! exclamó el pobre loco.

La jóven exhaló un grito de terror y luchó un momento por desasirse de los brazos de Andrés.

El pescador la sujetó fuertemente con sus hercúleos brazos.

—¡Andrés! ten compasion de mí, murmuró la infeliz clavando en él sus ojos desencajados, yo te ofrezco oro... mucho oro.

—¡El oro! exclamó con desprecio el pescador, las almas del temple de la mia no reconocen valor alguno en ese codiciado metal... vuestro amor señora, no tiene precio, os amo, os amo como un loco.... padres, hogar, barquilla, todo ha desaparecido á mis ojos... vos sola llenais el mundo con vuestra hermosura, que me ha hecho el mas infeliz de los hombres... es preciso que me ameis ó los dos sepultaremos nuestra hermosa juventud en el fondo de los mares donde mi corazon exhalará con el vuestro el último latido.

Las olas erizadas como montañas, los arrastraron entre sus profundas corrientes apareciendo momentos despues mas cerca de la playa.

—Una prenda, una prenda de tu fé, murmuró el pescador.

La trémula jóven se quitó el cordoncillo de oro que se destacaba sobre su hermosa garganta y lo pasó al cuello del pobre pescador.

De aquel cordoncillo pendía un rizo de cabellos rubios que exhalaban todavía un perfume suave.

Andrés exhaló un grito de alegría y desapareció con su compañera entre las irritadas ondas que parecían abrirle paso en su marcha triunfal.

II.

And all his hidden secrets sleep
Known but to Genii of the deep
Which trembling in their coral leaves
They dare not whisper to the waves.

(LORD BYRON.)

Aquel día terrible había dejado en D... los mas dolorosos y sombríos recuerdos.

De aquella inmensa turba de alegres y elegantes bañistas, tan solo Andrés había conseguido poner en salvo á la dama que protegía.

Todos los demás habían ido á dormir en el fondo de los mares su último sueño.

La jóven señora cansada de luchar con las olas y horrorizada por las escenas de aquel aciago día fué conducida á su mansion casi exánime por el mismo Andrés, que rehusó generosamente las recompensas que le ofrecía aquella noble y poderosa familia.

Feliz con poder acercarse sin obstáculos á la que llenaba todo su pensamiento, Andrés pasó la noche en la mas cruel inquietud espiondo los primeros albores del día para verla de nuevo y arrastrarse á sus pies como el mas humilde de sus criados.

Andrés llevaba al cuello el cordon de oro con el rizo de cabellos que besaba con delirio á cada minuto.

El pobre pescador se olvidaba de que su amada pertenecía á una de las primeras familias de la grandeza y que el destino había puesto entre los dos un abismo.

La hermosa jóven había partido aquella misma noche sin que nadie pudiera darle el menor indicio acerca de su ruta.

Corría un año y otro, y D... abandonado por sus amigos veía sus playas desiertas y sus caseríos solitarios: aquel espantoso siniestro había lanzado sobre sus celebradas aguas un terrible anatema.

Pero como no hay nada que resista al poder del tiempo, aquella trágica historia se olvidó poco á poco; y doce años despues aquel alegre puerto volvió á ser como en sus mejores días el gran centro donde se reunía la flor y nata de las tres aristocracias.

Una tarde, risueña como lo son casi siempre las tardes del estío en las orillas del Océano, llegaron á la playa un caballero y una señora.

En el momento en que el caballero buscaba en vano un bañero á quien confiar su señora, acercóse á él un hombre ágil todavía pero cuyos cabellos grises y demacrado rostro indicaban una próxima y penosa ancianidad.

Aquel hombre solicitó humildemente la gracia de conducir al baño á la señora.

—Pues qué, ¿eres bañero? le preguntó el recién llegado admirándose de verle tan miserable y abatido.

—Si señor, y nadie puede disputarme la habilidad de pelear con las olas que me conocen desde largos años.

Había en las palabras de aquel hombre tal acento de verdad, que el caballero le entregó su señora con la mas admirable buena fé.

La señora, aunque frizando ya en los cuarenta años, era tan bella todavía que ninguna hermosura juvenil podia sostener con ella comparacion alguna.

El bañero la condujo suavemente mar adentro y cuando quiso echar una mirada en derredor suyo se encontraban ya lejos, muy lejos de los demás bañistas.

—¡Muger! exclamó de repente el bañero sujetándola entre sus nervudos brazos, y fijando en ella sus ojos, que brillaban como dos ascuas en el fondo de sus órbitas, ¡muger! ¿Nada te recuerdas estas olas que nos mecen dulcemente con sus voluptuosas armonías?

—Y descubriendo su tostado pecho dejó ver un medallón de oro sujeto á una cadena del mismo metal.

—¡Dios mio! Andrés, exclamó la señora, queriendo reconocer en aquellas afecciones casi decrépitas las marcadas líneas que formaban en otros días la fisonomía grosera y atrevida del jóven pescador.

Y cerró los ojos espantada por el brillo de aquella mirada eléctrica que la fascinaba de una manera horrible.

—Sí, Andrés! ¡Andrés! la pobre víctima de tu negra y desleal ingratitud! Tu amor ha sido para mí el abismo que se lo ha tragado todo; juventud, esperanza, amores, vida, padres y amigos.... devorado por tu amor vi abrirse el cielo ante mis ojos cuando me juraste en un momento supremo pertenecerme para siempre, y entreabrirme los abismos bajo mis plantas, cuando te alejaste de mí para cometer el mas vil de los perjuros.

—¡Andrés! murmuró estraviada la noble dama, mi mano pertenece á otro; pero en mi corazon estará siempre vivo el recuerdo de mi generoso libertador.

—¡Quimera! los años no pueden ya retroceder, y ese hombre á quien perteneces ha sido feliz en tanto que el desdichado Andrés envejecía devorado por una idea única... ¡oh! ¡tú no sabes todavía cuánto te amo!

—¿Me perdonas? le preguntó sonriendo la señora, animada por aquel amor que acababa de rejuvenecer en pocos momentos un ser decrépito y gastado ya.

—¿Que si te perdono? oh! ¡si! tu belleza produce en mi corazon un vértigo fatal que me impulsa de nuevo hácia el deseo de poseerte para siempre, de undirme contigo en esa eternidad sin fin, cuyo secreto solo pertenece á Dios.

Aquella desgraciada, luchando en vano por desasirse de los brazos que la sujetaban, echó una

tristísima mirada sobre la playa que se alejaba mas y mas, y vió alzarse entre las azuladas tintas del crepúsculo el alegre pueblecillo de D... con sus blancos caseríos y sus bosquecillos de castaños, á donde iban á confundirse los gemidos de las olas con los suspiros de tantos corazones enamorados.

Pálida, anonadada, fuera de sí, la desdichada esposa impulsada por el instinto de la propia conservación luchó todavía algunos instantes dejando al fin caer su cabeza sobre el pecho del pescador.

Andrés la contempló algunos instantes en silencio, y abandonándose por completo á merced de las olas, se hundieron ambos para siempre en los abismos, oyéndose tan solo un prolongado suspiro que los géñios del mar recogieron en sus grutas de coral para repetirlo al pálido rayo de la luna entre las solitarias rocas de la playa.

EL ATEO.

SONETO.

¡Ciego de orgullo está! No alcanza á ver
lumbre del cielo en su razon brillar....

Cuando eternas verdades quiere hallar,
ni á sí propio se puede comprender.

¿No vé de cielo y tierra en todo sér
la existencia Divina palpar?

¿No es Dios luz y consuelo? ¿Creer y amar
no es mejor que dudar y aborrecer?....

Lucha es tenáz su mísero vivir:
se juzga en su arrogancia un semi-dios,
y del cielo la voz no sabe oír....

¡Jamás iré de su delirio en pos!
Yo quiero, como el justo, en paz morir,
con la mano en la cruz, y el alma en Dios.

Leopoldo Augusto de Cueto.

EL ÚLTIMO VIOLIN DE AMATUS.

LEYENDA.

Por D. Luis García de Luna.

I.

—Tú eres muy bella, hija mia; mil apasionados tendrás de tus diez y ocho afebles, de ese rostro que resplandece con todos los encantos de la primavera de la vida; tu voz resonará en los oídos de muchos amantes como una música regalada, y el fuego de tus ojos encenderá otro fuego germinador en infinitos corazones.

Tal es el magnífico privilegio de la hermosura y la juventud. Mi blanca cabellera te ha protegido hasta ahora, como el manto de nieve con que cubren los campos su esplendor y su verdura; pero llega, al fin, el momento en que la nieve se deshace, y en líquidas corrientes se precipita en el arroyo, se confunde con las aguas del río, y al fin va á perderse en el profundo seno del mar.

Yo siento que por instantes se desvanece en mí el soplo de la vida. Ya es tiempo; los años, arrugando mi frente, la inclinan á esa tierra madre, que será su último regazo. Sola voy á dejarte en el mundo, pero no desamparada. Hemos vivido tan modestamente, que casi la miseria nos ha rodeado; ni tus diez y ocho afebles, ni tu rostro casi divino, ni tu voz armoniosa, ni el tranquilo y amoroso fuego de tus ojos bastarían á darte la felicidad; todos los dones que has recibido de la naturaleza serían hoy ó mañana, pero demasiado pronto, tus mas encarnizados enemigos; la belleza del alma, las perfecciones del cuerpo, no valen lo que un dote regular; hermosa y sin dinero, tendrías adoradores á miles, pero solamente el dinero puede darte un guardador de tu honra. No calumnio á los hombres; los conozco, y los hago completa justicia.

Por fortuna, tú no quedarás en el mundo sin

ese poderoso cimiento de la felicidad: yo he vivido pobre y pudiera haber vivido opulento. Pero así como el avaro oculta sus monedas y apenas se atreve á acariciarlas en la soledad y en las tinieblas de la noche por miedo de que una mirada agena pueda desgastarlas, yo no he tenido valor para desprenderme de mi tesoro. Diríase que tenía un alma identificada con la mía. Si, debía tenerla, puesto que hasta ahora que mi espíritu se dispone á romper los lazos que le sujetaban á la materia, ni aun he concebido la posibilidad de desprenderme de ese tesoro. Mal he dicho; hay uniones tan íntimas que ni aun la muerte puede desbaratarlas. No pueden haber llamado para siempre tan dulces melodías; ellas resonarán alguna vez llenando el espacio de delicias, y cuando traspasen los umbrales de la eternidad, mi alma reconocerá en ellas la voz de un antiguo amigo, y como en otro tiempo se embriagará escuchando su divino y misterioso lenguaje.

Si, mi corazón no ha latido nunca con dulzura sino á los ecos suaves de ese amigo leal; ellos hirieron la fibra amorosa en el corazón de tu madre, ellos celebraron con celestiales acordes tu primera sonrisa, y ellos acompañarán mis profundos lamentos, mi postrimer suspiro.

Tú serás dichosa, tan dichosa como siempre he deseado; á mi muerte te dejaré un tesoro. Los hombres te amarán por él y por ti; la mujer que recibe una pingüe herencia, no queda en el mundo abandonada.»

Calló el anciano y selló con un beso la frente virginal de su hija, como para dar á sus palabras un carácter de augusta solemnidad. Gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de María, y la joven fijó sus ojos en los de su padre con cierta expresión de espanto. Quizás la locura se apoderaba de aquel espíritu para hacerle menos horroroso el próximo espectáculo de la muerte. Juan Vazquez, el pobre organista de Santa María la Blanca, dejó un tesoro! El, que tantas veces había carecido de pan que llevar á la boca! El, que era un padre tan amante, tan solícito, hubiera consentido que las privaciones amargas los primeros años de su hija, si hubiese tenido un tesoro con que conjurar la miseria! Solo atribuyéndolas al efecto de una enagenación mental podía la joven explicarse las palabras de su padre moribundo. Entre cuantas le había dicho solo percibía una verdad; que muy en brebe se había de ver en el mundo sola y abandonada.

En este momento entró el médico en la habitación de Juan Vazquez.

—Doctor, le dijo el enfermo; falta del óleo que le daba vida, esta lámpara se apaga por instantes: cada nueva oscilación temo que sea la última.

El ministro de la ciencia quiso animar al enfermo con una esperanza que él mismo estaba muy lejos de abrigar. Juan Vazquez inclinó la cabeza sobre las almohadas del lecho; estrechó la mano del doctor, fijó en su hija la última mirada de despedida; después paseó sus ojos errantes por todos los ángulos de la habitación, y los detuvo sobresaltados en un viejo violin que, sin caja ni funda, había hecho colgar frente á su lecho de muerte; el clavo que lo sostenía estaba completamente vencido; Juan Vazquez lleno de ansiedad hizo señas para que alguien impidiese la caída del venerable instrumento. Era ya tarde: el violin cayó, y al chocar en el suelo, se estendió por su caja y vibró en sus cuerdas un sonido seco, áspero y tembloroso que semejava á un dolorido lamento. Acababa de cumplirse la profecía que algunos momentos antes había hecho el anciano. Aquel violin, que era su amigo leal, acompañaba con dolorida queja su postrimer suspiro.

II.

Yo tuve ocasión de conocer al organista de Santa María la Blanca. Era uno de esos hombres que habiendo nacido con ingenio bastante para brillar en el mundo, se ven condenados por la fatalidad ó por las especiales condiciones de su carácter á ocupar siempre una posición humilde y oscura, y á vivir desconocidos de todos. Tenía notabilísimo talento musical; sus composiciones eran sublimes, su manera de ejecutar admirable. Las gentes sencillas del barrio creían que cuando Juan Vazquez tocaba el órgano, los ángeles del cielo bajaban á acompañarle.

Tolerante y resignado como todo hombre de espíritu verdaderamente superior, nunca se quejó de la indiferencia de que era víctima, ni aspiró á

otra recompensa que á la de su sueldo mezquino, y aun tengo para mí que si no fueran tan elocuentes y persuasivas las necesidades de la vida, hubiera reusado su paga por miedo de profanar el arte, traduciendo sus mas sublimes manifestaciones en unas cuantas monedas.

Embriagado con las magníficas concepciones de su génio, remontado siempre á las altas esferas de lo ideal, costábale inmenso trabajo descender al mundo de los combates, de los desengaños y de las miserias. Vivía por la música y para la música, pero no de la música, porque jamás sus obras traspasaron los estrechos límites de su gabinete y de la iglesia, cuyo órgano le estaba confiado.

Yo me contaba en el corto número de sus amigos, y mas de una vez gocé de aquellas improvisaciones magníficas, que casi nunca eran trasladadas á la pauta, y que hubieran podido constituir para María un pingüe patrimonio. Juan Vazquez amaba tanto como el arte el humilde hogar testigo de su ventura, que nunca le llevó á otras regiones ajenas á la familia. Su arte, su muger y su hija eran sus tres únicas felicidades.

Así se había deslizado tranquila é ignorada una existencia que pudo haber sido tempestuosa y célebre.

Juan Vazquez era en el mundo el único apoyo de María; sin embargo, aquel padre amoroso veía con estóica indiferencia que se acercaba su última hora. La perfecta tranquilidad de su conciencia le aseguraba la muerte del justo. Pero ¿qué sería en lo sucesivo de aquella joven infeliz? Hé aquí un pensamiento que no cruzaba por la imaginación de Juan Vazquez: había dado á su hija una educación escelente; María era en el físico, como en las virtudes, el vivo retrato de su madre; en la pureza de su corazón le dejaba el mas fuerte escudo contra las seducciones; de la miseria debía librarle el tesoro que le había prometido.

Juan Vazquez espiró. María cerró los ojos de su padre y besó por última vez aquel rostro venerado. Después de algunos dias que necesitó el dolor para desahogarse, María pensó en tomar posesión de la herencia paterna. Pero esta herencia, ¿á qué se reducía? Al pobre menaje de su casa. Evidentemente, cuando su padre le habló del tesoro que la debía enriquecer, deliraba abrasado por la calentura. La pobre huérfana no podía contar en el mundo con otra protección que la del cielo.

(Se concluirá.)

Dolora.

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa
No te oigo, te miro hablar.

Ramon de Campoamor.

Postres.

Iba de noche un ciego por la calle con una luz y un cántaro de vino.

—¡Necio! Si no ves, ¿para qué llevas luz? Le dijo un amigo.

—Para que me vean los torpes como tú y no me rompan el cántaro.

Sobre la tumba de un poeta célebre improvisó un pesadísimo discurso cierto orador.

Terminó diciendo:

—Era un génio, y con él concluyó la inspiración.

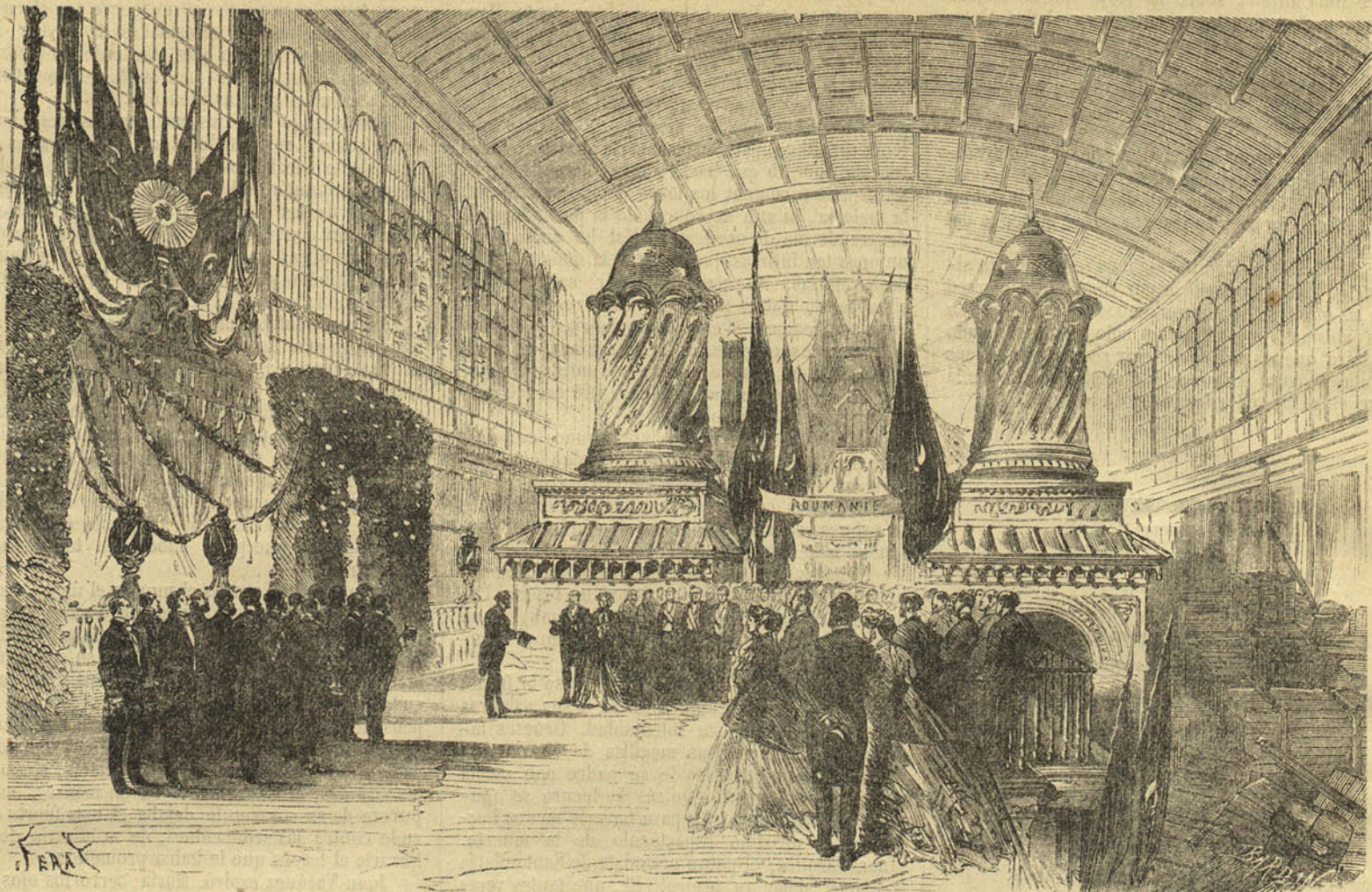
—Ya se conoce, dijo uno de los circunstantes.

Respuesta chocante. ¿Qué es patrimonio? Preguntó el examinador á uno que iba á recibirse de abogado.

—Patrimonio, respondió, es el caudal que el hijo hereda de su padre.

—¿Y si lo hereda de la madre? Volvió á preguntar el examinador.

Entonces, contestó el joven, se llama matrimonio.



Exposicion de Paris. Visita del emperador á la Seccion otomana.



Exposicion de Paris. Interior del aquarium de agua dulce.

Valencia. Imprenta de José Domenech, Avellanas, 27